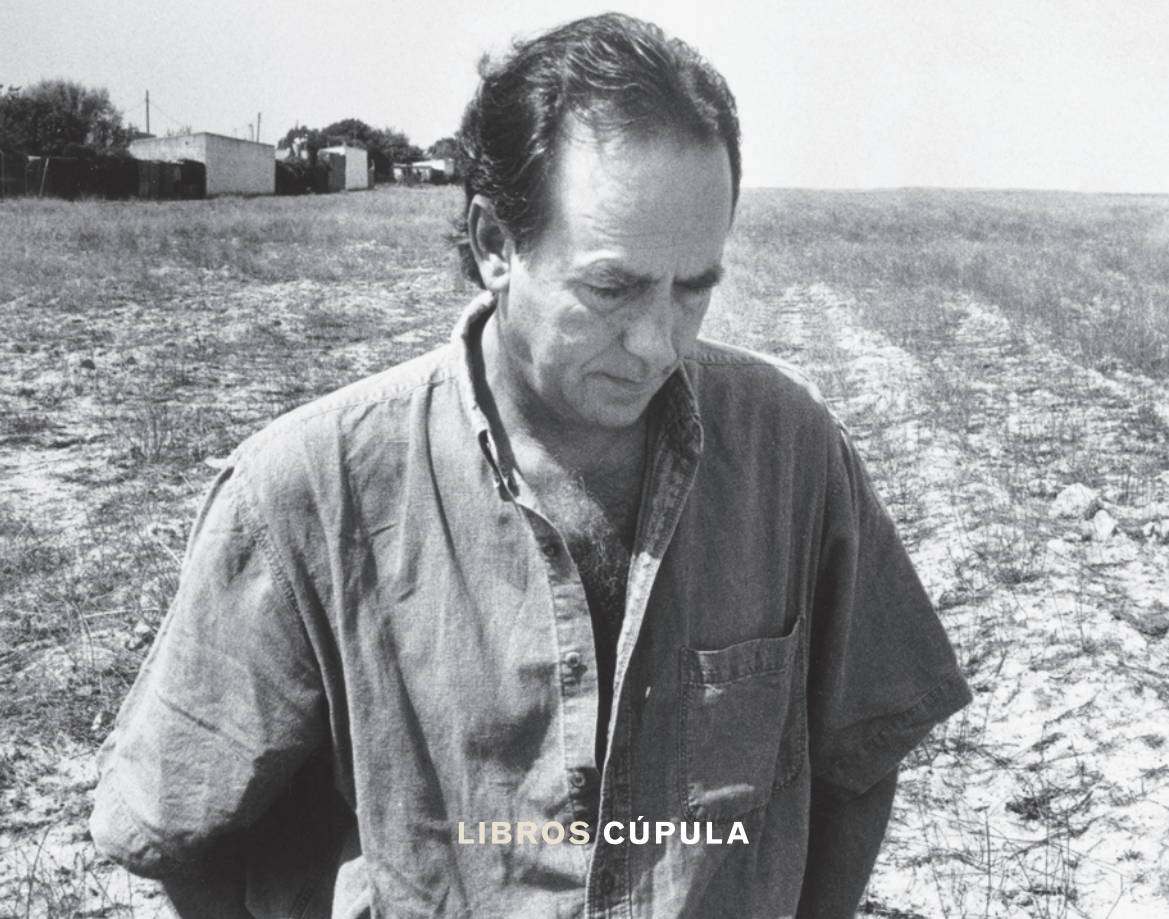


JUAN RAMÓN IBORRA
A PROPÓSITO DE
JOAN MANUEL
SERRAT

Ensayo



LIBROS CÚPULA

JUAN RAMÓN IBORRA

A PROPÓSITO DE

JOAN MANUEL
SERRAT

Ensayo

LIBROS CÚPULA

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Se han realizado todos los esfuerzos para contactar, identificar y recabar la autorización de los propietarios de los copyrights. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado y se corregirá en ediciones posteriores.

© del texto: Juan Ramón Iborra, 2023

© de la fotografía de cubierta: Juan Ramón Iborra

© de la fotografía de contracubierta: Pep Puvill, Vegap, Barcelona, 2023

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: septiembre de 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.

Este libro se comercializa bajo el sello Libros Cúpula

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-480-3594-5

Depósito legal: B. 1522- 2023

Composición: Realización Planeta

Impresor: Black Print

Impreso en España – *Printed in Spain*



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

SUMARIO

Preludio	13
Contexto y dilema	23
Canción de cuna	43
El cajón de las pequeñas cosas	59
Un verso libre	81
Memoria y olvido	135
Un nuevo mundo	147
Primeros encuentros	161
El exilio y el reino	205
Candela, María, Josep	251
Fiesta en Almería	263
Nunca es triste la verdad, una noche de mayo de 1986	275
El andamio de paja, agosto de 1998	305
Sinfonía Barcino, septiembre de 2003	341
Tiempos de alarma	373
Jubileos para una jubilación	387
Epílogo	443
Agradecimientos	479
Discografía completa de Joan Manuel Serrat	483
Bibliografía, hemeroteca y videoteca	485

CONTEXTO Y DILEMA

No puedo evitar la sospecha de que la dignidad tiene algo que ver con el estilo, y de alguna forma las canciones y los ademanes de la época y el tipo de mi abuelo, tenían mucho que ver con la dignidad.

G. K. CHESTERTON
(*Autobiografía*, 1936)

María Moliner, en su diccionario de uso del español, definió el contexto de dos modos. En el primero, afirma que es el «entorno lingüístico que acompaña a una palabra, expresión, etc., del cual depende en muchas ocasiones el sentido de estas». En otra, dice que es el «conjunto de circunstancias políticas, económicas, sociales, etc., que rodean un hecho».

Entorno y circunstancias. Algo que va a resultar básico para poder adentrarse en este raro ensayo biográfico basado en hechos y en palabras del biografiado. En el tiempo y lugar en que son expuestas por una personalidad pública.

Esto que subrayo, para muchos lectores bien formados y de cierta edad —por decirlo de algún modo— crepuscular, puede parecer obvio, una perogrullada prescindible. Pero tengo la esperanza de que este libro llegue a otro público, a gente mucho más

joven que nosotros, que quizá no tenga la misma información sobre cosas de un pasado que, tanto él como yo, hemos vivido en primera persona.

Ocurre que algunas cosas que en otro tiempo podrían ser tomadas como una simpleza, hoy nos parecen importantes. De la misma manera que actitudes que ayer podrían resultar escandalosas, tremendas, la mayor parte de ellas prohibidísimas, nos pueden resultar ahora meras fruslerías.

Por ejemplo, resulta de una colosal importancia el hecho de que Serrat naciera solo cuatro años después de que en nuestro país un generalote bajito y con bigote diera por zanjada —y por ganada— una guerra civil desoladora.

Entre la psicología y la sociología modernas se ha venido armando una idea según la cual los críos que hemos pasado por una guerra guardamos de adultos con una mayor fortaleza ese niño que, durante el resto de nuestras vidas, querámoslo o no, llevaremos dentro. En estos casos, el niño que uno fue se refuerza en su interior con más intensidad y será una pulsión dominante de la persona adulta.

Por otro lado, cuando en la primera mitad del siglo xx nace el expresionismo alemán, este refleja la deformación de la realidad para expresar de forma más subjetiva la naturaleza y el ser humano. Prima la expresión de los sentimientos. Colores violentos, temáticas de miseria y de soledad evidencian la amargura que ha invadido a los círculos artísticos e intelectuales de la Alemania prebélica —hablo de la Primera Gran Guerra, y del posterior periodo de entreguerras—. Una amargura que provoca el deseo vehemente de cambiar, de buscar desde la creación nuevas dimensiones a la imaginación, de renovar los lenguajes artísticos. El expresionismo va a defender la libertad individual, el irracionalismo, la expresión subjetiva, el apasionamiento, los temas prohibidos, reflejando la deformación emocional de la realidad, que abre los sentidos a un mundo interior.

Francia, por el contrario, se sumerge en una atrevida *belle époque*. Son los que han ganado y corren tiempos de bonanza económica, financiera y de expansión colonialista. Los hermanos Lu-

mière inventan el cinematógrafo, un ingenuo juguete de luz que en un tiempo muy breve va a revolucionar nuestro ocio. El surrealismo de André Breton propone lo inconsciente y lo irracional como medio para cambiar la vida, la sociedad, el arte: al hombre revolucionario, en definitiva. Pero no es un movimiento con unidad de estilo, sino una propuesta artística individual, cada uno con un método propio. Cada loco con su tema. Una línea que seguirán los movimientos posteriores a la Segunda Guerra Mundial. El existencialismo, por ejemplo, se ve abanderado en rojo por el filósofo Jean-Paul Sartre —que rechazó el Premio Nobel de Literatura— y Simone de Beauvoir, y por Albert Camus —que aceptó el suyo— con el estímulo de una de sus compañeras, la actriz española y refugiada desde su adolescencia María Casares, hija del presidente de la República que no supo ver el golpe de Estado de los militarotes. El existencialismo afecta al *nouveau roman* y al teatro del absurdo. Jean Cocteau, Ionesco. Desde Dublín, Samuel Beckett, James Joyce.

Todo ese nuevo bagaje va llegando a nuestro jodido país por Madrid y Barcelona. En la capital, alcanza a los que logran conseguir plaza —un jovencísimo y apocado Dalí, Luis Buñuel, García Lorca— en la residencia de estudiantes de la Universidad Complutense, en el profesorado de Escuela Libre de Enseñanza y en su alumnado. Ellos son los principales receptores de esos soplos de aire fresco.

Barcelona, más cercana a la inyección cultural francesa, había acogido ya unos años el paso de Picasso antes de marchar a París. Quedan Miró, Sert, Casals, Mompou, la guinda de la ópera del Teatre del Liceu para las buenas familias, el modernismo catalán, Gaudí, Cerdá para darle expansión sensata a la ciudad, también Dalí y su hermana Ana María para atraer a García Lorca a Cadaqués y más tarde a las tertulias barcelonesas, al canalleo de cabaret del Paralelo y de los bajos fondos del barrio chino, como cotas de referencia. Los grandes fotógrafos, Agustí Centelles, Francesc Català-Roca, Carlos Pérez de Rozas y su padre, están allí para dejar testimonio gráfico; el payés Josep Pla para contarlo todo. Aunque en 1936 llega la guerra civil y no deja nada por desbaratar.

En ese movimiento existencialista francés hay que incluir a la *chanson* de los tugurios del Marché aux Puces y de la plaza Pigalle, con su Moulin Rouge, del que ya desapareció Toulouse-Lautrec, pero quedaban las lejanas esencias de Sade y Lautréamont, los recuerdos escondidos de Baudelaire, Verlaine, Rimbaud, Mallarmé, los poetas malditos y los noventa grados de la absenta, que fueron prohibidos y degradados por el pastís. De la bohemia de Montmartre, tras la caída del Berlín nazi y los tiempos nuevos de la Guerra Fría, a la *rive gauche*, al *boulevard* Saint Germain, a la Sorbona, a Montparnasse. Cuando el abatimiento se hace un mito en Edith Piaf, pasada de morfina, menuda y despiadada —para empezar, consigo misma—, la *chanson* francesa se convierte en otra cosa. La gorrión descubre a Yves Montand; más tarde, a Moustaki. En los primeros años cincuenta aparecen dos genios: Georges Brassens, Jacques Brel. Los cabarets se trocan en *caves* de javas y de jazz. Todo se mezcla. Música, poesía, narrativa: se llama Boris Vian, quien no dudará en escupir sobre nuestras tumbas. Poesía y canciones: Jacques Prévert y Joseph Kosma. Tertulias en bares de la plaza, aromas a café y a los precursores poetas malditos frente a la iglesia de Saint-Germain-des-Prés: Les Deux Magots, Elsa Triolet (a la sombra de Mayakovski) y Louis Aragon. Café de Flore. Cenas en la *brasserie* Lipp o en La Coupole. Los teatros musicales —Olympia, Bobino— descubren o encumbran a Georges Brassens, Jacques Brel, Léo Ferré, Boris Vian, Barbara, Jane Birkin y Serge Gainsbourg, Françoise Hardy. Esta *nouvelle chanson* tiene gran importancia en nuestra historia. También la *nouvelle vague* del cine —Godard, Lelouch, Truffaut— y el neorrealismo italiano.

Pero un lustro antes de aquella guerra, por aquí pasó la nuestra, más casera y fratricida —una suerte de ensayo para Hitler y Mussolini de sus posteriores crueldades—, con testigos como Robert Capa, Gerda Taro, Ernest Hemingway, George Orwell, Alain Resnais. Hasta que el Séptimo de Caballería entró por el barcelonés Paseo de Gracia con el bilaureado general Varela al frente y la buena burguesía barcelonesa aplaudió a su paso, estiraron los brazos, salieron de sus nobles escondites las familias a las que el *seny* les hizo pasar en sus torres detrás de Collserola tres

años en unas largas vacaciones, y los vencidos comenzaron a marchar aquel invierno de 1939 entre la nieve, bajando los Pirineos hacia el paso franco-catalán de Le Perthus, camino de un exilio que comenzaba —y terminaba para los más desfallecidos— en sus miserables campos de concentración. Ni el simbolismo, ni el surrealismo, ni la *liberté* ni la *égalité* supieron tenderles entonces la mano de la *fraternité*.

A los pocos días de llegar a Colliure, un pueblo de pescadores a pocos kilómetros de la frontera con Girona, muere de tristeza el poeta Antonio Machado —su madre días después—, soñando «esos días azules y esa luz de mi infancia». Un año después, muere el presidente de la República Manuel Azaña en un pequeño hotel de Montauban (Occitania), perseguido por los servicios de inteligencia franceses y la Gestapo. Protegido por el personal de la Embajada de México en Francia.

Hay un estilo de narración, sea novela, biografía, ensayo o reportaje, en la que el propio autor se inmiscuye en ella. Desde Stendhal a Kundera, lo han hecho Gore Vidal, Capote, Mailer, Vargas Llosa, Montanelli, Sciascia, Oriana Fallaci. En nuestra casa, Javier Cercas o Alfredo Conde (de este último autor gallego, anote el lector su reciente *A propósito de Fraga* por su vertiginoso estilo inclusivo y su modernidad).

De ese tratamiento se apropia desde su nacimiento el ya viejo nuevo periodismo del primer Tom Wolfe, de Rosa Montero, Jon Lee Anderson y toda la línea de flotación de revistas como *The New Yorker*, *Le Nouvel Observateur*, satíricas de información veraz a lo *Le Canard Enchaîné*, *Mongolia*, o reportajes especiales en diarios como *Libération*, *Le Monde*, *The Telegraph*.

Al ganarse la biografía oral el concepto de género mayor a partir de *El libro de Jack* que firman en 1975 Barry Gifford y Lawrence Lee sobre la vida y oscuridades de Jack Kerouac, todos ellos y ellas se reafirman en que la literatura con base real y el mejor periodismo no tienen límites y que aspiran a no seguir teniéndolos en lo que respecta a géneros y a sus diferentes cruces y variables desde la mágica existencia en que se convierte la realidad escrita.

El propio Gifford cuenta en el prólogo a la edición de 1978 de *El libro de Jack* lo siguiente:

Estados Unidos plantea extrañas exigencias a sus autores de ficción. No nos basta su arte; esperamos de ellos que nos proporcionen modelos de comportamiento, con tanta intensidad que a veces los juzgamos más por su vida que por su obra. Nos gusta que declaren formar parte de un movimiento o de una generación, porque nos simplifica el uso que planeamos hacer de ellos. Si nos plantan delante un manifiesto, lo entenderemos como un contrato con fuerza de ley. [...] Una vez que le ponemos una etiqueta a sus obras, mantenemos a esos escritores en la memoria como producto del momento en que los conocimos. Si no satisfacen nuestras expectativas, los críticos y cronistas literarios los ponen en su sitio, como sellos pegados en una página equivocada del álbum. De esa forma negamos a veces a los artistas las posibilidades normales de crecimiento y de cambio que forman parte de las necesidades más elementales del arte.

Este libro trata de un hombre que fue víctima de ese utilitarismo literario. Se recuerda a Kerouac como un ejemplo paradigmático de la generación *beat*, aunque, en realidad, nunca existiera esa generación. Esta etiqueta fue inventada como un intento de explicación, frente a las preguntas de los periodistas, y fue aceptada sin más como válida.

Kerouac fue un escritor cuyo tardío éxito se debió a un nuevo estilo de prosa aplicado a una forma literaria clásica, la novela iniciática; las diversas aventuras de un joven inexperto.

Inexperto y a veces desolado, añadiría yo, pensando en Serrat. Sobre todo, dentro de un contexto de época, lugar y edad del compositor catalán.

Porque lo que plantea Gifford lo encuentro aplicable tanto a poetas como a cantautores. Algunos de estos últimos alcanzan rango superior a tanto poetilla de salón. Algo que me cansé de defender clamando en el desierto —mi hábitat natural, parece ser—, hasta que la Academia Sueca otorgó en 2016, con toda justicia, aunque tardíamente, su Nobel de Literatura a Bob Dylan.

Digo «tarde» porque me consta que en alguna de las deliberaciones del jurado, ante tal anatema, se llegaron a tambalear las columnas del templo. Mas ese arrojó final no llegó a tiempo para galardonar a cantautores europeos como Georges Brassens, Jacques Brel o Léo Ferré, fallecidos hacía ya tiempo. Continuadores, desde una altísima ejecución poética, de la cantigas galaicoportuguesas, de trovadores, juglares, ministriles y goliardos medievales —de los que cabe descartar al bueno de Asurancetúrix, el bardo de una pequeña aldea gala irreductible, quien, al parecer, cada vez que cantaba, lira en ristre, provocaba la descomposición de los cielos bretones—, de las epopeyas que cantaban acompañados con sus cítaras los aedos griegos, allá por donde comenzaba a clarear la noche de los tiempos.

No puede resultar extraño que una de las primeras canciones que escriba Serrat sea «El trovador». Ni que los amores perdidos o soñados o la muerte del abuelo o el cadáver de un soldado que encuentra camino abajo o los paisajes marineros, campesinos, fueran creando en sus primeras composiciones el magma que irá solidificando poco a poco, en «aquel cafetín donde no quieren entrar ni la luz de la calle ni la gente juiciosa», mientras él iba haciéndose con el oficio.

Más centrado sobre el género biográfico, añade Gifford en la introducción a su biografía oral sobre Kerouac para la edición de 1994:

El 30 de mayo de 1936, Sigmund Freud escribió una carta dirigida a Stefan Zweig: «Ser biógrafo conlleva mezclarse en mentiras, ocultaciones, hipocresías, tergiversaciones, incluso ocultar cierta falta de conocimiento, porque la verdad biográfica no es posible y, aunque lo fuese, no serviría de nada [...] la verdad no es viable, la humanidad no la merece».

Atendiendo a la admonición de Freud, Larry Lee y yo elegimos el por entonces poco ortodoxo método (era 1975) de la «crónica oral» [...] Larry la entendía como «una forma de biografía mucho más directa». La idea era que, dado que la mayoría de los amigos de Kerouac aún vivían (había muerto de alcoholismo a la temprana edad de cuarenta y siete años), podríamos buscarlos y convencerlos

para hablar honestamente sobre él. Era tarea nuestra —y del lector— cotejar las versiones y decidir cuál de ellas se acercaba más a la «verdad». El poeta Allen Ginsberg, amigo suyo durante tantos años, exclamó al completar la lectura de las galeradas no corregidas del libro: «¡Dios mío, es como *Rashomon*: todo el mundo miente y, sin embargo, resplandece la verdad!». Las palabras de Ginsberg quedaron grabadas en mi mente.

Sobre la transmisión fidedigna de la *verdad*. Soy escritor. He publicado biografías orales. Pero por encima de todo me siento periodista enmudecido que hace años no tiene dónde escribir por razones largas de contar que no vienen al caso.

Sobre la verdad alguien dijo que «periodismo es publicar lo que otros no quieren que publiques; todo lo demás es propaganda». La frase viene circulando hace tiempo por las redes, paradójicamente, siendo desde ellas por donde se propaga tanto bulo, que la modernidad y los medios se empeñan en llamar *fake news*... En un país que cuenta con cuatro idiomas oficiales, tiene bemoles esto de ir siempre al cobijo de un neologismo francés o anglosajón.

Tan reveladora sentencia se suele adjudicar al escritor, periodista, convencido antiestalinista y voluntario británico en las brigadas internacionales que acudieron en defensa de la República española, George Orwell. Algunos se la aplican al magnate y editor William Randolph Hearst, a quien se le puede dar el dudoso honor de inventar la prensa sensacionalista. Orson Welles hizo de biógrafo audaz, interpretándole y dirigiendo su primera película *Ciudadano Kane*. Una genialidad considerada como una de las mejores cintas de la historia del cine, tanto por el tremendo guion, escrito por el propio Welles y Herman J. Mankiewicz —construido a partir del método de ir tirando del hilo, precursor detectivesco de la biografía oral—, como por su innovadora técnica visual y el drama iconoclasta que va incubando. Por evitar malas intenciones y preservar su autoría y el corte final —*final cut*, suelen decir los entendidos—, Welles rodó cada plano sin numerar la claqueta, de modo que la película solo se podría montar con él, pues solo él tenía cada una de las tomas en la cabeza.

Fuera de quien fuere la frase, el investigador Gil Toll hace un alarde de buen documentalista en su página web sobre quién podría haberla suscrito. Como me gusta, la diga Agamenón o su porquero, la doy por buena, recurriendo a otra que escribió el astrónomo, físico y poeta Giordano Bruno en 1584, en la segunda parte del tercer diálogo de su ensayo *De los heroicos furores*: «Se non è vero, è ben trovato» («Si no es verdad, está bien encontrado»). El sabio fue quemado vivo en la hoguera por hereje, a los cincuenta y un años, en el Campo dei Fiori romano. Desde entonces ha sido una frase que ha dado juego en muchos ámbitos, de la ciencia al humanismo, y un recurso interesado para el periodista, que debería solo ir en busca de la verdad y nada más que la verdad. Pero lo cierto es que, por más que el maestro Kapuściński dijese lo contrario en su ensayo *Los cínicos no sirven para este oficio*, no servirán pero, como el corcho, flotan tantos en él que hay que andarse con cuidado.

Sin ánimo ni pretensión de darme de alta en el parnaso de la novela basada en hechos reales, del reportaje escrito en primera persona y de la biografía inclusiva, me limito a constatar que las técnicas de escribir no tienen límites —o, dicho de otro modo, quién le pone puertas al campo—, como he podido disfrutar en otras ocasiones.

Por ejemplo, mientras tanto que escribo, puedo parar un momento para dejar de quemarme las pestañas frente a la pantalla y de darle al teclado, y descansar regresando por unos minutos a la Tierra, tomar un té verde con soja muy caliente que me defienda de los fríos de este sábado 28 de enero —ahora que no hay quien se atreva a combatirlo encendiendo la calefacción, que sigue a precio de oro gracias a las compañías eléctricas—, estirarme en las piernas mi mantita de los chinos, ceñirme la toquilla de lana de la abuela, y contar que giro mi silla, enciendo la tele y atiendo a las últimas noticias para evadirme un poco con la polémica de los tanques Pantera y la guerra de Ucrania; con la feroz golpiza con la que unos polis negros han matado a un ciudadano negro allá en Estados Unidos; con la matanza en una sinagoga de Jerusalén, atentado absurdo que sirve en bandeja la amenaza del primer mi-

nistro Netanyahu y el festejo que monta Hamás en las calles de Gaza, que por desgracia se volverán a salpicar de sangre; con lo del yihadista loco —si es que no son términos sinónimos—, un lobo solitario como lo definen los informativos, que se puso a pasear por Algeciras machete en mano y mató a un anciano sacristán... y con todo eso que, bueno, no es con lo que logre realmente evadirse uno. Es puro contexto, pero apago la tele, sorbo la infusión y regreso a mi ponencia.

Este es el caldo de cultivo principal desde el que debo arrancar la narración de esta historia. Y a los años que se sucedieron después, hasta la llegada de la democracia y, su consolidación. Habrá que analizar el papel que han tenido en darle brillo y esplendor, lo quiera Serrat o no, pues sus canciones y su actitud personal a veces han sido parches de caucho caliente con los que se iban cubriendo algunas grietas que lo acomodaticio o el interés o la desvergüenza han ido produciendo por sus techos y paredes.

Su incorrección política y su coherencia personal me llevan a pensar que merece la pena asumir este trabajo que, insisto, nunca se va a aproximar a una hagiografía. Por más que tengamos muchas cosas en común y nos conozcamos desde hace tanto tiempo.

Me acojo a una frase del filósofo francés Jean-Paul Sartre —¿o quizá la tomó prestada de su compañera Simone de Beauvoir?—. Aunque en este caso, tanto monta: «Cada cual es responsable de sus palabras. También de sus silencios». Recordaré también lo que decía el imprevisible polígrafo inglés, maestro de la paradoja, G. K. Chesterton, impecable y audaz biógrafo de celebridades como Charles Dickens, William Blake, Francisco de Asís, Robert L. Stevenson o Tomás de Aquino, entre otros, que en su propia y a menudo desternillante autobiografía, publicada en 1936, comienza por decir, con su temida flema y sorna cáustica, que toda biografía es, de entrada, mentirosa, incluso la que escribe de sí mismo. El primer capítulo lo titula «Testimonio de Oídas» y comienza así:

Doblegado ante la autoridad y tradición de mis mayores por una ciega credulidad habitual en mí y aceptando supersticiosamente

una historia que no pude verificar en su momento ni juicio personal, estoy firmemente convencido de que nací el 29 mayo de 1874, en Campden Hill, Kensington, y de que me bautizaron según el rito de la Iglesia anglicana en la pequeña iglesia de Saint George, situada frente a la gran Torre de las Aguas que dominaba aquella colina. No pretendo que exista ninguna relación significativa entre ambos edificios y niego rotundamente que se eligiera aquella iglesia porque yo necesitara para convertirme en cristiano toda la energía hidráulica del oeste de Londres. [...] mi nacimiento es solo un incidente que acepto, como cualquier pobre campesino ignorante, solo porque me ha sido transmitido verbalmente. [...] estará bien dedicar este breve capítulo a unos cuantos datos de mi familia y entorno, que me han llegado de forma igualmente precaria como simples testimonios de oídas. [...] La historia de mi nacimiento podría ser falsa. Podría ser el heredero, perdido durante tanto tiempo, del Sacro Imperio Romano o un niño abandonado por unos rufianes de Limehouse en el umbral de una casa de Kensington que en su madurez desarrolló una abominable criminal. Alguno de los métodos escépticos del origen del mundo podría aplicarse a mi origen, y un investigador serio y riguroso llegaría a la conclusión de que yo no había nacido jamás. Pero prefiero pensar que el sentido común es algo que mis lectores y yo compartimos, y que serán pacientes con el aburrido sumario de los hechos.

Cierro este primer capítulo contando mi dilema.

Tengo apenas nueve años menos que Serrat. Siempre gozó de una salud de hierro, pero a comienzos del siglo comenzó a pasar lo suyo. Quienes no lo saben ya lo irán leyendo, poco a poco. En cuanto a mí, sufrí un paro cardíaco en 2017 por estrés postraumático, eso que sufren los marines cuando están donde no deberían estar y los ejecutivos cuya empresa las deja en el paro a sus cincuenta y cinco arrastrando una hipoteca. El mío me dio a los pocos días del atentado yihadista en Las Ramblas de Barcelona, donde había quedado con la niña de mis ojos esa tarde para ir a merendar y luego a un cine. Ella aún estaba de vacaciones de verano. Yo seguía con las mías a perpetuidad.

Pero perdí el autobús que me tenía que llevar al tren de cercanías de Sabadell para apearme en la plaza de Cataluña, en Barcelona. No llegaría a tiempo. Le llamé. Sería para otro día. Entonces yo vivía en una habitación alquilada a una funcionaria del Ayuntamiento de Castellar del Vallés. Dos días después, una serie de arritmias insistieron hasta el infarto.

En esa casa de Castellar del Vallés también pasé por todo el proceso de las *elecciones* del 1 de octubre de ese mismo año, que proclamaron, unilateralmente, por unos minutos, la independencia de Cataluña. Berlanga en estado puro.

Desde mucho antes de ese nuevo furor deconstructivo, comencé a percibir que los *indepes* iban rezumando cierta inquina hacia Serrat. Llevaba tiempo sin saber de él personalmente, pero seguía sus pasos, novedades, declaraciones. En este asunto, Serrat fue claro desde el principio y a quien le preguntaba, decía lo que pensaba: que eso era un disparate. «Creo que no es bueno para Cataluña separarse del Estado español», y viceversa, solía añadir. Yo pensaba lo mismo: que «España nos roba» resulta una tesis insostenible y victimista. Más aún después de conocer lo que nos ha robado el ex *molt honorable* Jordi Pujol durante sus décadas en el poder, y antes, y después, apoyado en la organización de la *madre superiora* y el extenso número de hijos implicados. Aunque, bueno, yo no soy Serrat y nadie me preguntaba.

Los días previos al referéndum ilegal llevaron a refriegas y alborotos que acabaron en noches de tensión acumulada. El 20 de septiembre de 2007 la Guardia Civil entró en el Palau de la Generalitat para practicar registros y detenciones tratando de dar con información que les permitiera encontrar las urnas escondidas y evitar el referéndum. Desde que esto se produjo, los *indepes* convocaron caceroladas diarias a las diez de la noche. Para contrarrestarlas, una convocatoria que se difundió a través de las redes propuso sacar altavoces a terrazas, patios y ventanas para poner la canción «Mediterráneo». Según *El Periódico de Catalunya*: «Esta propuesta, surgida entre quienes rechazan la celebración del referéndum, se ha producido después de que Serrat se manifestara en una rueda de prensa en Chile en contra de la forma en

que el Govern ha convocado el 1-O, unas declaraciones que provocaron numerosas reacciones en internet, tanto a favor como en contra del cantante barcelonés. Entre los difusores de la idea a través de Twitter figura el portavoz de Ciudadanos en el Congreso, Juan Carlos Girauta. La etiqueta #JosocSerrat impulsa la idea en Twitter: “Estás en Barcelona y te molesta la cacerolada de las 10 de la noche? Siempre puedes poner ‘Mediterráneo’ del gran J. M. Serrat”.

En el diario digital *El Español*, Bernat Dedéu, filósofo, escritor y tertuliano habitual en Cataluña, aparece como analista en el reportaje «Serrat, un traidor de por vida: separatista para Franco y fascista para el independentismo» y dice no ver cambio de chaqueta en Serrat: «No ha engañado a nadie. El problema es que tendemos a analizar fenómenos del tardofranquismo y la Transición con el prisma del presente. Él siempre ha defendido a esa España como nación de naciones, ese multiculturalismo... Ahora, la viabilidad de sus posiciones está puesta en duda». Esa posición que menciona Dedéu —prosigue el redactor—, permitió a Serrat «estar en medio y a salvo» durante muchos años, pero el órdago separatista ha volado por los aires los matices y ha obligado a una dicotomía: a favor o en contra de la independencia. Ahí Serrat dice no, pero con muchos grises, los que le hacen víctima de una continua malinterpretación. Luis García Gil, que ha publicado un estudio poético de sus letras, lanza: «Se le ha escuchado mal. ¿Cómo iba a ser separatista en su día alguien que cantaba a Miguel Hernández y a Antonio Machado? Su temprana universalidad rompió con la *nova cançó*. Ya en 1983, Serrat dijo que prefería los caminos a las fronteras».

El caso es que esa mañana del 1-O fui a votar. No pensaba hacerlo. Todo aquello me parecía un circo, qué quieren que les diga. De un lado y del otro. En el puerto de Barcelona había atracado un crucero de pasajeros con el enorme Piolín pintado en su casco. Tenía gracia. ¿Quién podría viajar en un barco así? Pues había sido alquilado por el Ministerio del Interior y llegaba cargado de... miembros de la Policía Nacional. Refuerzos bien pertrechados para hacer frente a la revolución que se avecinaba,

dispuestos a defendernos de ese dislate y a ocupar su lugar en la historia. Bien que lo consiguieron.

Cuando la mañana del fatídico día electoral se abrieron los presuntos colegios, se me heló la sonrisa. La pasma se estaba pasando: zurraba a ciegas, con indiscriminada contundencia, a todos los que se cruzaban a su paso. Parecían cuerpos de élite de la ONCE, les daba igual ocho que ochenta, color, edad, idioma. Daban leña sin piedad, a lo bestia. Diríase que estuviera en juego la foto enmarcada y el galón del antidisturbios del día. Diríase que la población civil fuera armada con finos y mortales estiletos o con bombas de explosión retardada de ingeniosa fabricación casera, que disparasen pequeños y repugnantes Blandiblub que solo pudieran dirigirse, como pegajoso misil, a los cascos de los polis y, una vez alcanzado el objetivo, los atravesaran con una truculencia galáctica, inyectando un apestoso veneno químico, estilo espionaje ruso, el cual, llegando a los cerebros —¿he escrito «cerebros»? Mejor «cocorotas»— de las fuerzas de la ley los dejaban en un parálisis.

Tal era el énfasis con que los del uniforme azul cobalto intentaban dispersar —en vano— a esos peligrosos ciudadanos. Inofensivos en apariencia, pero más que diabólicos, pues se dejaban inducir por una enorme alcancía de plástico opaco, parecida a las cajas que se venden en los chinos, pero con el escudo de la Generalitat, a las que la policía tenía orden de encontrar, desarticular, encadenar y llevarlas consigo para evitar el influjo con que estaban afectando a la ciudadanía.

Solo por eso me fui a votar, tranquilamente. En mi pueblo no pasaba nada. Una pareja de *mossos d'esquadra* confraternizaba con la gente por la calle, frente a un colegio que ese día no daba clases. Las dichas cajas, que llamaban urnas, se disponían a la entrada de un patio interior. Tomé mi papeleta, voté que NO, saludé a algún vecino conocido, tomé un vermú en el bar de la esquina y marché para la casa.

Esto lo relato a cuento de Serrat y a que se suele decir que la ignorancia es atrevida. Desde mucho antes, con el país cada vez más encontrado, comencé, ya digo, a escuchar comentarios escocidos sobre Serrat que me gustaban poco, más bien nada.

Hasta que, un año después, una de sus últimas giras, «Mediterráneo da capo», en torno a los cincuenta años de su histórico LP, a su paso por Barcelona la noche del 21 de diciembre de 2018, llegó al auditorio olímpico del Fórum.

Habían ya transcurrido varios temas cuando, en un momento dado del concierto, mientras comienzan a identificarse las primeras notas de «Aquellas pequeñas cosas», alguien entre el público le espetó a Serrat muy claramente: «¡¡¡Que estás en Barcelona, canta en catalán!!!». Entonces, muy tranquilamente, Serrat mandó, primero, detenerse a sus músicos. Luego, con voz y tempo pausado e irónico, dijo: «Mire, siempre hay alguno que viene despistado al espectáculo. [*Al público, que aplaude*: Perdonen, perdonen]. Todos venimos a veces despistados a muchos sitios. El despiste es general. [*Más aplausos*: ¡Déjenme acabar de hablar, por favor! ¡Que no aplaudan, por favor!]. Siempre hay alguno que viene un poco despistado y esto... [*y más aplausos*: ¡Les pido que me dejen acabar de hablar...!] y esto es un espectáculo, como le he dicho, señor, que se llama Mediterráneo da Capo, que trata de entrada, señor, de repasar unas canciones de un disco que se grabó en el año 1971 y que integra diez canciones, todas escritas en castellano [*muchos más aplausos*: ¡Déjenme acabar de hablar, por favor!] y lo estoy haciendo una detrás de la otra. Entiendo que usted no lo entiende. No entender eso, en los tiempos que corren es, realmente, soberbio por parte de nadie; pero déjeme hacer el espectáculo que estoy haciendo, que es así. No es por no saber que estoy en Barcelona. Estoy, probablemente, desde antes que usted, y desde antes que usted estoy trabajando por esta ciudad y por hacer cosas; por tanto, le pido que me deje hacer mi espectáculo tal y como está diseñado. Le aseguro que es la primera vez que este espectáculo, yendo por todo el mundo, encuentra a alguien que dice esto. Se lo digo para que se pueda sentir orgulloso. Muchas gracias».

Ahora sí, Serrat dejó que los aplausos atronaran en el Fórum. Pero no acaba ahí la cosa, digo, el acoso. Durante ese curso escolar, una tarde, me llega la niña de mis ojos a casa y me cuenta que una de sus profesoras de la ESO —la de inglés, para más señas—

les había puesto en clase, aprovechando un descanso, algunas canciones. Le tuvo que hacer gracia una, titulada «Jenifer», que el grupo Els Catarres —que ellos mismos traducen como un modo gamberro de llamarse catalanes— aprovecha para darle una colleja a Serrat. Gabriela sabía que nos conocíamos y no acababa de entender a qué venía el capón. Me buscó el tema en YouTube. Reconozco que me pareció entre infantil y divertido el modo en que Els Catarres proclamaban —en esa canción de 2011— su independentismo, tanto en el texto como en la creación visual. Pero cuando llegaron a su quinta estrofa —traduzco: «Yo que pienso que Serrat / siempre ha sido un traidor...»—, se me torció el humor, tomé el mando, cambié de copla y comencé a adoctrinar a mi pequeña con las batallitas del yayo, con fondo musical: «Manuel», «Els veremadors», «Cançó de bressol», «Pare», «Edurne», «Algo personal»... «¿Crees que a este hombre se le puede llamar traidor?». Ella, que nació en Barcelona y habla un catalán impecable —solo tuve que traducirle los estribillos en euskera de «Edurne»—, se había quedado perpleja por mi rabieta: «A ver si va a subirte la tensión».

Ahí lo dejamos por no darle más la vara. Por no dársela tampoco a ustedes. Me limito a contar ambas anécdotas. Porque con ellas comienzo esta historia casi por el final.

Sobre el dilema.

Poco después, en febrero de 2019, pasé por el quirófano para cortar por lo sano y desprenderme de un cáncer de colon, con tal suerte que no necesité ni quimio preventiva. Para recuperarme, durante el verano, marché unos meses a Galicia. Lo bien que había ido todo me había vuelto a poner las pilas. Al carajo si nadie me hacía caso. María me iba a crear una web y así me desahogaba.

Tenía varios temas en el cajón. Una novela a medio hacer me estaba esperando. Investigando para ella, leí algo del ensayista portugués Alberto Machado da Rosa que ahora cobra sentido y ayuda a esto que escribo.

Aconsejaba Machado da Rosa a los biógrafos, sobre todo, a los de ciertos poetas, tener en cuenta que, en algunos casos, no es de tanta importancia ir en busca de hechos singulares o desconocidos

de su vida, narrar sus aventuras, si es que las hubieren tenido, sino descubrir que en sus poemas podrían haber dejado, para quien supiera buscar y encontrar, claramente o entre líneas, su autobiografía. Que en el mejor de los casos, y siempre dependiendo del personaje, sus poemas podrían ser el camino para llegar a los hechos. Quiero decir, a sus interiores personales que han ido marcando su vida. Me gustó esa idea. Me la quedé y traté de ahondar en ella. Sabía que, más pronto que tarde, la iba a necesitar.

Por otro lado, desde la admiración que tengo por la dramaturgia de Luigi Pirandello que mi padre supo inculcar precozmente, me sigo apasionando con la idea, en modo paradójica, a través de la que construye la mejor manera de descubrir quién es uno en realidad. Como paradójico resulta también que un escritor que ganó el Premio Nobel de Literatura básicamente por autor de teatro diera sus mejores pistas en una deliciosa novela que fue su última obra antes de morir.

En ella, una mañana, a su protagonista, frente al espejo de su cuarto de baño, le sorprende descubrir que tiene un grano en la nariz. Al mostrarlo a su mujer, resulta que ella ya lo sabía. Parece ser que todo el mundo estaba al tanto de la existencia del furúnculo, como se dará cuenta el personaje poco a poco.

El definitiva, lo que Pirandello descubre con humor a la psicología y sociología modernas es que, por más que uno se empeñe, nunca es quien cree ser, sino la imagen que de uno se hace el conjunto de miradas que le observan. Por eso tituló a su último texto, la aparentemente disparatada y lúcida novela, *Uno, ninguno y cien mil*. Se la recomiendo.

Llegado a este punto, diré que mi agente Pilar Vega no hacía otra cosa, desde que la conocí, que intentar convencerme para que, me embarcara en una biografía oral sobre Serrat. Seguro que la llevaba a ese consejo su sangre aragonesa, y porque las canciones del cantautor charnego catalanoaragonés también se habían convertido en la banda sonora de su vida. Pilar no paró hasta hablar con David Figueras, un viejo conocido, estupendo editor que lo había sido de mi biografía oral sobre el escritor Terenci Moix. Al regresar de Galicia, Pilar organizó un encuentro entre

ambos. Para entonces, Serrat ya había anunciado su definitiva gira de jubilación. No iba a ser fácil convencerle. Pero a David le entusiasmó la idea. Estábamos metidos aún en los coletazos de la pandemia. Le expuse que me gustaría madurar cómo hacerlo. Cuando lo tuve claro, acepté el reto y escribí a Serrat una larga carta que envié a su correo electrónico.

Para entonces, ya me había puesto a escribir. Formé de nuevo mi equipo de transcriptoras, documentalistas y editoras de mis libros anteriores, Rosana y María. Propuse salir al mercado en catalán simultáneamente. Para ello hablé con el poeta, narrador y periodista cultural Jordi Cervera, que se puso a ello.

Escribía pensando en el apoyo que darían tanto al fondo como a su forma, si pudiera consultarles, mis buenos amigos que, además, tanto saben de esto, pero que ya no están. Volví a ponerme en la piel de un matrimonio de emigrantes cordobeses a los que quise como a mis padres, Antonio y Juana.

Ahora estoy, a finales de enero de 2023, próximo a acabar, terminando por el principio. Otra rareza mía. Haciendo uso de las reglas permisivas de la literatura, sé que escribo algo diferente. Algo que puede que funcione, con lo que no pretendo agradar a Serrat, pero me gustaría que así fuese. Porque la relación del biógrafo con su biografiado suele ser compleja, en el caso de que viva. Pero si la muerte ya ha pisado su huerto, también puede llegar a serla con los amigos y familiares del difunto, sobre todo si intervienen en el asunto. Y si no intervienen, se encelan, se mosquean.

Tampoco pretendo satisfacer —al menos, del todo— a los cientos de miles de seguidores que Serrat tiene repartidos por todo el mundo, muy especialmente por tierras catalanas, españolas y latinoamericanas.

Lo que me gustaría de veras es que este ensayo llegase a los lectores más jóvenes. A quienes ahora andan por otros mundos musicales y, en general, por otros planetas. Que pudiera interesarles esta indefinible biografía —en la que su atribulado autor a veces aparece, crece y desaparece— para que, de la mano de Serrat, al que siempre mantendré como una persona honesta, concienciada y activa, y de vez en cuando de la mía, puedan saber

algo más de ellos mismos, de dónde vienen, de hacia dónde van y de lo que les espera, ahora que estos dos yayos han decidido —o no han tenido más remedio por unas u otras razones— dejar de dar lecciones con su trabajo. En el caso de Serrat, como ha ocurrido hasta ahora, notables.

Tengo entre manos escribir de un chaval de condición humilde, que desde su infancia en plena posguerra tenía todos los boletos para no salir de su bajo estrato social y no alcanzar el éxito popular y la notoriedad que ha logrado. Con mis apostillas e intromisiones, me siento como el protagonista de *Opiniones de un payaso* (1963), la novela en la que el *clown* alemán Hans Schnier aparece desde la portada de la primera edición de Seix Barral, vestido y maquillado para el ejercicio de su oficio, acercando hacia la cámara el dedo índice de su mano derecha porque va dar su opinión. Pero por desgracia, quién recuerda hoy —que es preguntarse quién lee— al premio Nobel Heinrich Böll.

Cuando Serrat decide y anuncia que va a dejar de cantar, la noticia cruzó el mundo, llegando hasta el diario *Los Angeles Times*, que el 2 de diciembre de 2021 publicaba: «El español recalcó que entre las razones de su despedida es debido [sic] a que la pandemia provocó la imposibilidad de continuar el oficio de cantar en público, además de su necesidad por recuperar su vida familiar y cumplir con cuestiones íntimas. “Siguiendo las normas del Eclesiastés: hay un tiempo para cada cosa. Ah, y yo no decidí dejarlo. Han sido los hechos que fueron ocurriendo después de aquella caída de Joaquín Sabina que nos obligó a abandonar una gira”, sostuvo».

Ya no lo necesito para preguntarle y saber por quién le pusieron Joan. ¡Bendita hemeroteca! Así que puedo seguir. Pero habré de volver a aquel tiempo lejano y amargo de la guerra civil. No me resulta fácil. Es una historia demasiado triste.